

EL MADRILEÑO,

SEMANARIO DE LITERATURA, CIENCIAS ARTES Y NOTICIAS.

DIRECTOR: D. LUIS ESCUDERO.

Año IV.

Madrid.—Lunes 16 de Diciembre de 1863.

Núm. 43.

SUMARIO.

Revista general de la semana por X...—Castillos en el aire, continuación, por Mariano Juderías.—Episodio histórico, por Felipe Blanco de Ibañez.—Crítica Teatral, por M. M.—A S. M. la reina doña Isabel II, por A. Domínguez y Soler.—Al despertar, por José González de Tejada.—La viña, por idem.—Un baile de máscaras cuento, por Tijerillas.

REVISTA GENERAL DE LA SEMANA.

El deseo manifestado por el emperador Napoleón, de arreglar las grandes cuestiones de Europa por medio de un Congreso general, es combatido fuertemente por una gran parte de la prensa extranjera. En Austria sobre todo, es donde el discurso imperial ha encontrado menos simpatías y producido mas honda impresión.

La *Ost-Deutsche-Post*, periódico de Viena, muestra el mismo sentimiento de desconfianza y de prevención que la *Presse*, en un segundo artículo que publica á propósito del discurso pronunciado por Luis Napoleón. «Este documento, dice, es el fruto de largas y maduras reflexiones, el resumen de proyectos concebidos de mucho tiempo atrás, y de resoluciones enérgicamente trazadas.»

En efecto, el carácter de este discurso, tiene algo de tan solemne, que impresiona desde luego á todo el mundo; se vé en él á primera vista que el hombre poderoso que lo ha pronunciado tiene la conciencia de llegar algun día á influir en los destinos del mundo.

Los periódicos prusianos son los que hasta ahora han apreciado el discurso del emperador con mas sangre fría y justicia. La *Gaceta nacional*, que no titubea en interpretarle en un sentido pacífico, hace notar que la Francia no tiene necesidad alguna de la guerra, y que por lo tanto debe consagrarse en primer término á los trabajos de la paz y á las reformas interiores que de día en día se hacen mas necesarias.

El periódico prusiano á que nos referimos, aprueba la idea de un Congreso, y apoya con sus votos la proposición de un desarme general: «El emperador, dice, al dar el ejemplo de un desarme, haría entrar á los demás estados en esta vía donde ellos no han osado precederle.»

La prensa italiana se encuentra unánime en aplaudir las conclusiones que se desprenden del discurso imperial.

La *Opinion*, previendo los obstáculos que puede encontrar la reunión de un Congreso, acoge con un entusiasmo fácil de comprender la declaración de que, «los tratados de 1815 han dejado de existir.»

El *Morning-Post* anuncia de una manera positiva, que el emperador Napoleón, acaba de dirigir á la reina Victoria

una carta autógrafa que contiene la invitación al Congreso anunciado en el discurso de apertura. El periódico inglés añade que otras invitaciones de la misma índole han sido ya dirigidas á trece soberanos de Europa.

Anuncia al mismo tiempo que Inglaterra no pondrá obstáculo alguno á la reunión de un Congreso.

No obstante, cree que antes de que este se realice, se han de presentar muchas y muy graves objeciones por parte de otros gobiernos.

Estamos del todo conformes con esta creencia del *Morning-Post*.

De Ragusa escriben con fecha 8 del actual. La población de Scutari ha tomado las armas y se ha dirigido á la casa del pachá gobernador pidiendo la abolición de los nuevos impuestos.

El pachá ha prometido calmar la irritación del pueblo; pero ha dado órdenes para hacer llegar á Scutari las tropas turcas que se encuentran en las ciudades vecinas.

—En Stokolmo se dá como cierto en los círculos mejor informados, que el tratado de alianza entre Suecia y Dinamarca, no ha sido firmado aun.

—El diario de Posen del 7, anuncia en sus últimas noticias que Mateo Corfúni y Borkowski, han sido ahorcados el 4 á las 9 de la mañana en Wloclawek, por orden del general príncipe Sayn Weltgenstein.

—El rey hasalido de Turin esta tarde (8 de noviembre.)

—Una carta de París escrita por persona que se dice bien relacionada, asegura que el mariscal Forey, que vuelve á Francia pasando por los Estados-Unidos, lleva otro objeto que visitar los ejércitos beligerantes. Parece que está realmente encargado de una misión importante y de confianza cerca del presidente Lincoln; solo que no va á anunciarle, como han pretendido los partidarios del Sur, graves determinaciones por parte de la Francia si la guerra civil americana se prolonga. Por el contrario, el vencedor de Puebla tratará de calmar los recelos con que el gabinete federal mira la política de Francia, no solo suplicando el carácter y la tendencia de la expedición mejicana, sino desmintiendo categóricamente los rumores de un próximo reconocimiento de la Confederación del Sur.

X...

CASTILLOS EN EL AIRE.

POR NATHANIEL HAWTHORNE.

I.

(Continuación.)

Mientras que Perico, de pie delante del hogar, paseaba la vista por todas las partes de su desolada cocina, empezaron

á encapillárselo los ojos, á efecto, sin duda, de una especie de entusiasmo que lo poseía desde tiempo atrás. Levantó la mano y descargó una terrible puñada sobre la empujante tapa de la chimenea, y exclamó:

—¡Llegó la hora! Con un tesoro semejante á mi disposición, buena lectura sería pasar mas tiempo en la pobreza. Mañana temprano empiezo por el sobabanco, y no pare hasta que tire al suelo toda la casa!

Arrimada á una pilastra de la chimenea, como un figurón esculpido en la piedra, y sumida en profunda sombra, estaba una viejecita ocupándose en remendar las calcetas á favor de las cuales se libraba Perico de sabanaones. Era caso desesperado (el remiendo), como lo prueba el hecho de haber recurrido á su viejo corpino de franela para sacar dos plautillas y ponérselas. Tabitha por terera una vieja muy chiquila, doncella, al parecer, y con sesenta y pico de años por añadidura. Las once décimas partes de este tiempo las había pasado en aquel mismo sitio, porque si no estoy trascordado, hacia cincuenta y cinco que el abuelo de Perico la sacó del hospicio. Perico era el único amigo de Tabitha, y Tabitha la única amiga de Perico; y así mientras Perico tuviera un pedacito de pan, la mitad sería para Tabitha, y el día en que, por desgracia, Perico se encontrase en la calle Tabitha lo tomaría por la mano y lo llevaría á la casa donde ella nació, esto es, al hospicio; pero entre tanto, Tabitha sería capaz de quedarse en camisa por Perico. Y, cosa singular, aunque Tabitha no estuviese contaminada de la monomanía de Perico se había familiarizado tanto con sus disparates y sus locuras, que no se lo parecían. Por eso al oír á Perico aquello de tirar la casa al suelo, levantó tranquilamente los ojos de las calcetas, y se contentó con decirle:

—Deje V. la cocina para lo último.

—Cuanto antes salga todo rodando será mejor, contestó Perico; porque francamente, me desespero de vivir en esta casa tan fría, tan húmeda, tan lúgubre y tan ahumada. Esto es un dormitorio de gallinas, Tabby. ¡Figúrate cuando estemos en la casa nueva, que será para el año que viene! La voy hacer de ladrillo de abajo arriba. Todo muy cómodo, muy desahogado, muy limpio. Ya verá; para tí una alcoba que de al Mediodía, con los muebles á tu gusto; y te doy carta blanca...

—Cuanto más se parezca á esta cocina, le interrumpió Tabitha, más me gustará. ¡Me recrea tanto el ver la chimenea negra del humo...! ¿Y cuánto dinero piensa V. gastar en la obra?

—¿Quién piensa en eso ahora? exclamó con altivez Perico, por ventura mi hijoabuelo y yo mismo no dejó un tesoro bastante para construir dos cárceles iguales?

—Yo no digo que no, repuso Tabby, ensartando la aguja.

Tabitha ó Tabby sabía perfectamente que Perico aludía con aquellas palabras á un inmenso tesoro de piedras preciosas que, según voz pública, estaba escondido en el sótano, ó por las paredes, ó debajo del tejado, ó... en alguna otra parte ignorada de la casa; pero en cuanto á que el tesoro existía no quedaba duda. Según la tradición, el tal tesoro lo había formado un Pedro Goldtharte, anterior al de nuestra historia, cuyo empujar por ese ofreció mucha semejanza con el descapillado. Como él, fué gran proyectista, y se devanó los sesos por descifrar el modo de ganar el dinero á carretadas, en vez de gastar un duro tras otro; y como Perico II, naufragó casi siempre, pudiéndose asegurar que á no ser por el pluguete resultado de la última empresa que acometió, se hubiera visto sin catalisa que ponerse.

Muchos y muy diversos comentarios se hacían acerca de la naturaleza de tan feliz especulación; decían unos que Perico I había conseguido hacer un por medio de la alquimia; otros que había puesto en contribución la magia negra para sacar el dinero de los bolsillos de sus conciudadanos; y otros, en fin, cosa mas inexplicable todavía que el diablo le franqueó las cajas de la antigua tesorería provincial de Nueva-Inglaterra. Se afirmaba, sin embargo, que un obstáculo secreto le había impedido el usufructo de sus riquezas, y lo que es peor, el revelárselas á sus herederos. Pero de lo que no quedaba ningún género de duda es de que murió sin decir el sitio donde las tenía metidas.

El padre del Perico actual tuvo sé en la historia, y dispuso que se hiciesen escavaciones en el sótano. En cuanto á nuestro Perico, siempre consideró la leyenda como una

verdad incontestable, y en medio de sus afares y cuidados, se ahogó con la dulce esperanza de que, á falta de otros recursos, podría rehacer su desmoronado caudal echando abajo la casa. A pesar de esto, no me esplico por qué, si creía Perico á puño cerrado en el tesoro, no practicó antes todas las diligencias conducentes á dar con él.

Pero sea de esto lo que quiera, había sonado la hora crítica de poner manos á la obra; porque si retardaba un poco el hacerlo se esponía á quedarse sin la casa, y quedándose sin ella, ¿adíos tesoro! que ó continuaría escondido, ó pasaría á manos de una generación futura.

—¡Sí! exclamó de nuevo; mañana empiezan los trabajos por el sobabanco.

Cuanto mas profundizaba Perico en la materia, mas se convenía de la felicidad de los resultados. La próspera naturaleza lo había dotado de un humor tan elástico, que, hasta en el otoño de la vida rivalizaba en jovialidad con otro que estuviese en la primavera. Así fué que, animado por mil halagüeñas esperanzas, se puso á dar brincos y saltos como un diablillo por la cocina, acompañándose de contorsiones y muecas ridiculísimas; y en el paroxismo de su entusiasmo llegó al extremo de coger de las manos á Tabitha y bailar con ella largo rato, hasta que los estrafalarios movimientos de la viejecita, dolorida de renuñismos, le hicieron lanzar una carcajada que repitieron los ecos de todas las habitaciones de la casa, al punto de parecer que hubiese un Perico riéndose en cada una. Finalmente dió un salto en el aire, y casi desapareció entre las nubes de humo que se condensaban en el techo de la cocina; cuando hubo caído sano y salvo, hizo un esfuerzo para recuperar su habitual gravedad.

—Mañana al salir el sol, repitió cogiendo una candileja para irse á acostar, veré si el tesoro esta en las paredes del sobabanco.

—Y como estamos tan escaseo de leña, dijo Tabitha, respirando con dificultad de resultados de la gimnasia que había hecho, yo aprovecharé la madera para el fuego.

¡Qué sueños tan magníficos tuvo aquella noche Perico! Soñó primero que abría una puerta parecida á la de un sepulcro, pero que, una vez de par en par, dejó ver una cueva donde estaba el oro amontonado como trigo en granero. Había tambien platos, soperas, cubiertos y campanillas de oro y plata cincelados, sin contar multitud de cadenas y otras alhajas de valor incalculable, si bien estaban tomadas de humedad; porque Perico, en aquel solo rinconcito, descifra cuantas cosas perdieron los hombres desde los principios del mundo hasta aquella hora.

Luego soñó que al volver á su casa, tan pobre y abatido como siempre, lo recibía en la puerta un hombre flaco y canoso, que hubiera podido tomar por otro al á no ser por su vestido. Pero la casa, sin perder su antiguo aspecto exteriormente, se había mudado por dentro en un palacio de metales preciosos: suelo, techo y paredes eran de plata bruñida; las puertas, ventanas, cornisas y pasos de la escalera de oro puro; las sillas de plata con filétes de oro; las cómodas de oro con tiradores de perlas y piés de plata mate; las camas de oro con las colchas de tisú de lo mismo, y las sábanas de hilillo de plata.

A no dudarlo, la casa debía de haber sido transformada de repente, pues conservaba todos los signos distintivos de la casa de Perico, y que este reconocía; solo que la plata y el oro sustitúan á la madera. Las iniciales P. G. campeaban por todas partes en alto ó bajo relieve, pero siempre de oro. Y hubiera sido Perico perfectamente feliz aquella noche, á no ser por una picaresca circunstancia, á saber: siempre que se volvía para mirar detrás de sí, las habitaciones de la casa perdían su brillo y magnificencia, tornándose á su primer lastimoso estado.

Perico lo hizo como lo dijo: á la mañana siguiente tomó un hacha, un martillo y una sierra, y trepó las escaleras. Cuando llegaba al sobabanco, un rayo de sol se abría paso al través de la claraboya que le servía de ventana; y por cierto que un moralista hubiera tenido muchas y muy sendas cosas que decir, y amplísimo campo para desplegar su sabiduría especulativa en aquel estrecho, bajo y empolvado zaguizami, donde las telarañas, lagartijas y ratones tenían su natural asiento.

—¡Oh sobabanco! ¡brótera! En sobabanco es el linbo de

las modas pasadas, de las bagatelas que solo han vivido un día, de todo aquello que solo ha tenido mérito para una generación, y que se ha relegado allí apenas esa generación ha dejado de existir, no para conservarlo, sino para que no estorbe en otra parte. Perico descubrió pilas de libros de cuentas encuadrados en pergamino, en que acreedores, muertos y enterrados hacía largos años, apuntaron los nombres de deudores, muertos y enterrados también de mucho tiempo, con una línea pasada ya de puro vieja; descubrió casacones antiguos, pero tan maltratados de la polilla, que se quedaban entre los dedos (de no ser así, Perico se los hubiese puesto); vio también una espada mohosa, no una espada militar, sino una espada de vestir, una de esas espadas inocentes, esbeltas, vírgenes, que usaban nuestros abuelos, y que no había salido a relucir hasta el día que se le perdió la vaina; más lejos, hastones de veinte clases distintas, pero ninguno con puño de oro; hebillas de zapatos de muchas clases y hechuras, pero ninguna de plata ni guarnecida de piedras preciosas; más allá un gran cajón lleno de zapatos; enfrente, sobre una tabla, multitud de botellitas y cacharros con restos de pólvora de bólica, que se habían traído allí del cuarto mortuorio, después que la parte principal obró sus efectos en los antepasados de Perico; y finalmente, para no ser prolijo, se divisaba en un rincón un fragmento de espejo, muy empolvado, y que á causa de esto reproducía todos los marmóreatos referidos, de una manera que los hacía parecer mas viejos.

Cuando Perico II, sin saber que hubiese allí un espejo, vió en él la imagen confusa de sí mismo, imaginó que Perico I había venido, ó para facilitarle los medios de dar con el tesoro, ó para oponerse á sus investigaciones. Entonces pasó una idea chavacana por su imaginación: se creyó ser el mismo Perico que había escondido el tesoro, y dándose un golpe en la frente se preguntó dónde diablos lo habría puesto; pero por una inconcebible fataldad no pudo contestarse á la pregunta.

—¡Buenos días! gritó á esto Tobitha, que venia subiendo la escalera; ¡hay unas rajitas de leña para encender el fuego?

—Las habrá, que es lo mismo; aguarda.

No bien hubo dicho estas palabras emprendió su obra destructora, embistiendo con un tabique de tablas tan furiosamente, que á pocos golpes dió con él en tierra en medio de una nube de polvo y con estrépito infernal.

—¡Qué bien vamos á calentarnos este invierno! dijo Tabby llevándose lleno el delantal de pedazos de tabla secos como la yerba.

Una vez inaugurados los trabajos, Perico prosiguió derramando todo cuanto halló derribable, hendiendo y desbaratando tabiques, pilastras, cornisas y paredes inferiores; desmenuzando puertas, arrancando clavos, levantando pavimentos, y sobre todo haciendo mucho ruido de la mañana á la noche. Sin embargo, se abstuvo de poner mano á los muros exteriores, con la idea de que los vecinos de la calle no supiesen la novedad que ocurría.

Durante el curso de ninguna de sus empresas, por mas que en el de todas ellas se hubiese considerado como el mas atrevido y feliz de los mortales, había experimentado Perico estas dos cosas con mas intensidad que en la presente. Después de todo, debía tener en su mollera algun secreto que le compensase por medio de consuelos interiores los males estensos que le atormentaban; porque si estaba pobre, mal vestido, peor comido y espuesto á quedarse totalmente arruinado, su cuerpo solo era quien padecía tales menudencias, mientras que su alma, noble y ambiciosa, gozaba con delicia inefable de la esperanza de un brillante porvenir. Su naturaleza lo queria así, y su género de vida secundaba la obra de la naturaleza: con melena gris, las arrugas y las enfermedades. Perico podria parecer viejo, y desagradable si á esto se agrega lo flacucho, y estenuado que estaba; pero el verdadero Perico, el Perico moral, era un jóven de muchas y hermosas esperanzas, y que todo lo veía de color de rosa. Cada vez que á impulsos de un proyecto cualquiera brillaba su ingenio como las chispas del pedernal al choque de un eslabon, su consumida juventud renacia de las cenizas. Y como en los momentos presentes Perico triunfaba, se hizo el siguiente raciocinio: «He vivido

mucho tiempo solo (pudo Perico, sin faltar á la verdad, suprimir el mucho), en medio de los más vivos, tiernos y vehementes deseos de compartir mi existencia con un ser amado; ¡hasta de sufrimientos! ¡no mas soledad! En seguida que dé con el escondite, voy á dedicarme á la jóven más bella de Boston y á ganar su corazón. ¡Qué mujer podrá resistirme? Y Perico se froto las manos llenas de voluptuosidad. ¡Feliz Perico!

Ya hacia mucho tiempo que Perico no frecuentaba las oficinas de seguros, ni los gabinetes de lectura, ni los círculos; y como tampoco se le echaba de menos en las reuniones de familia, no salía de casa por las tardes y acompañaba en la cocina á Tabitha, al lado de la chimenea, la cual, con los derribos y talas del día, chispeaba por la noche que era su contento. Ponía primero la inteligente Tabby un tuco de ceniza que, después de haber estado por espacio de un siglo al abrigo de vientos y lluvias, silbaba con la influencia del calor y destilaba un chorrito de agua por cada cabeza, como si la hubiesen cortado la vispera; encima, pedazos de leña sana, negra y pesada que habían perdido todo principio de decadencia y que solo el fuego podía destruir; sobre esta base sólida levantaba Tabby un edificio mas ligero, compuesto de astillas de puertas y ventanas que ardían como paja y lanzaban un infierno de llamas por el cañon de la chimenea. Con tal motivo la oscuridad se iba, Dios sabe donde, Perico se sonreía lleno de júbilo, y Tabitha parecia la personificación del contento en la vejez; y este conjunto era por lo tanto el emblema de las inmensas riquezas que había de proporcionar á sus habitantes la ruina de la casa.

Mientras que la madera iba quemándose con un ruido semejante al que producen los triquitraques, Perico miraba al fuego y alendia con dulce reposo; pero no bien cesaba el chisporroteo y le sucedía el silencio arder de las brasas y el verdadero calor, le entraban muchas ganas de hablar. Una noche por centésima vez, interrogó á Tabitha para que le contase alguna cosa de su bisabuelo.

—¡Cuántas cosas no sabras tú, Tabby, de mi bisabuelo, al cabo de cincuenta y cinco años que llevas en la casa! ¿No me dijiste una vez que el día de tu llegada aquí encontraste una vieja sentada en ese rincón, y que esa vieja había sido ama de llaves del celebre Pedro Goldwite?

—Mucho si, y tendría por cierto, muy cerca de cien años. Más de una vez me dijo que había pasado, sabe Dios cuántas tardes al amor del fuego en compañía de su amo... cobré poco más ó menos como nosotros ahora.

—El buen señor debía tener más de un punto de semejanza conmigo, dijo Perico estirándose satisfecho en la silla; de no ser así, nunca hubiera llegado á la opulencia. También creo que habría podido colocar su dinero de una manera más ventajosa. Como está, maldito si reditaba un céntimo. Es cierto no corre ningun riesgo, que no hay que temer quiebras; pero no lo es menos que no produce nada, y que será preciso echar abajo la casa para encontrarlo. ¡Por qué lo escondieras tanto!

—Porque no podía gastarlo, respondió Tabby, pues siempre que iba á abrir la caja, venia el enemigo molo por detrás y le sujetaba el brazo. Decían que el diablo le había dado aquel dinero de su trapillo, pero á condicion de que le otorgase una escritura cediéndole la casa y el corral junto y que el amo nunca quiso hacerla.

—Lo mismo he hecho yo con M. John Brown... ¡Pero todo eso es un disparate, Tabby, y maldito si creo una palabra de tu historia!

—¡Ay! suspiró Tabby; ¡tal vez no sea esto verdad! Porque no faltan personas que dicen que el difunto le cedió al diablo, y que por eso han sido siempre tan desgraciados los que la han vivido. Yo he oido á uno, que no bien se firmó la escritura, se abrió por sí solo el cofre, y el amo tomó un puñado de oro; pero advirtió en seguida que se le había convertido en papeles viejos.

—¡Ténte lengua infernal! gritó Perico encolerizado; monedas de oro de muy buena ley, y no papeles viejos fue lo que halló. ¡Si me parece que lo estoy viendo todavía cuando yo lo vi abuelo ó quien fuese; meti la mano en el cofre y la saqué llena de oro que daba gloria verla!...

Pero no se desanimaba Perico por tan poca cosa. Toda

la noche se la pasó recreándose con los sueños más agradables, y se despertó al romper el día, con el corazón dando brincos, como suele suceder á los chiquillos cuando se disponen á hacer alguna de las suyas.

II.

Y pasaban días y mas días, y Perico sin ceder en su obra destructora, como no fuese los ratos de almorzar y comer. Entonces lo llamaba Tabby y le servía una ración, no muy cumplida, de carne de cerdo ó cosa parecida, con la añadidura de algunos guisantes, todo mal condimentado, y reunido sabe Dios á costa de cuántos trabajos. Pero siempre Perico, á fuer de hombre devoto, se acordaba, al sentarse á la mesa, de implorar la bendición del cielo, con tanto mas fervor cuanto más escasa estaba la comida, porque entonces era más necesaria. Y si como sucedía las más veces, todo se componía de legumbres, no por eso dejaba de dar gracias al cielo, al menos por el buen apetito con que las pensaba comer. Hecho lo cual, proseguía sus trabajos, y ya no se volvía á oír en la desvencijada casa sino el ruido de sus herramientas que destruían cuanto encontraba por delante.

¿Qué cosa tan buena es tener el convencimiento de estar ocupado en algo útil! Por eso nada turbaba el ánimo de Perico, á no ser esos fantasmas de la imaginación que vienen y se van como vagos recuerdos, y que tienen todas las trazas de presentimientos. Sucediáale no pocas veces de quedarse parado con el hacha en el aire para preguntarse: «Perico, ¿no has dado ya aquí?» ó «Perico, ¿para qué vas á tirar al suelo toda la casa? Reflexiona, Perico, y te acordarás del sitio en que está escondido el tesoro.»

Pero pasaban días y días sin descubrirse nada que fuese digno de mención. Sin embargo más de una vez acontecía que un ratoncillo asomaba la cabeza por la entrada de su madriguera, y se ponía á mirar de hito en hito á Perico cual si quisiera preguntarle que diablo ocurría en la hasta entonces tan tranquila y silenciosa casa. En otras ocasiones era una rata grande que acababa de salir de su cuidado precisamente en el momento que media viga ó un pedazo de tabique le aplastaba el nido y sus inocentes hijos. Pero lo que es el tesoro. ¡Perdone V. por Dios.

A pesar de esto, Perico, tan resuelto como el destino y tan diligente como el tiempo, había demolido las regiones superiores y ya se hallaba en el primer piso, muy atareado por cierto, en una vivienda que daba casi á la calle. En su día hubo de ser esta la mejor de la casa, pues, según tradición de la vecindad, el gobernador Dudley y otros muchos personajes de gran categoría se alojaron en ella. Los muebles, por supuesto, habían desaparecido, y en las paredes solo quedaban girinos de tapices; pero en cambio no faltaban figuras grotescas dibujadas con carbon, particularmente pedruscos de rabotas humosas; y como daba la picara casualidad de que eran otras tantas muestras de la propensión que tuvo Perico á las artes en su infancia, le daba más lástima destruírtas que si hubiesen sido los frescos que pintó Rafael en los muros del Vaticano. No obstante, un croquis, tal vez el mejor de la colección, produjo en él distinto efecto representado á un hombre harapiento, apoyado en un mazon, é inclinándose como para coger algo de un hoyo que tenía á sus pies; pero ¡oh circunstancia horrible! detrás del infeliz, riéndose de una manera infernal, estaba un personaje misterioso, armado de cuernos la cabeza, las uñas de los pies como pico de loro, y un rabo escandaloso rematado en borla.

— ¡Ay! gritó Perico, ¡el tesoro es de ese hombre!

Y enarbolando el hacha descargó en la cabeza del caballero de los cuernos un golpe tan furioso y desalentado, que no solo destruyó su tapete, mas también la del hombre del ozono, desapareciendo las figuras como por encanto, con la particularidad de que penetró la herramienta al través del muro en su interior.

— ¡Válgame Dios! ¡está V. de pelea con el enemigo malo! dijo entonces Tabitha que venía en busca de leña para guisar la comida.

Perico no contestaba, porque trémulo y palpitándole con violencia descompasada el corazón, proseguía dando golpes en la pared y agrandando el agujero. Al fin descu-

bró al lado de la chimenea un cofrecillo; lo sacó, lo abrió miró dentro con los ojos chispeando; vió dos cosas, metió la mano, y sacó primero un candil de cobre, cubierto de verdín, y despues un empolvado pergamino, Tabitha se apoderó del candil y lo restregó con su delantal.

— ¡Es inútil, dijo Perico á Tabitha, que lo restregues, porque no es la lámpara de Aladín, si bien lo tengo por feliz presagio. ¡Pasa la vista por aquí, Tabby!

Tabitha tomó el pergamino y se lo acercó á las narices donde tenía montados unos anteojos. Pero no bien hubo pasado la vista por lo escrito, soltó una carcajada parecida al clo, clo de las gallinas, y le contestó:

— ¡Vaya! que se quiere V. divertir con la vieja; ¡Si esta es la letra de V.! Pues, igualita á la carta que mandó V. de Méjico.

— Mucha es la semejanza, dijo Perico examinando de nuevo el pergamino; pero ya te harás el cargo de que este cofre lleva mas tiempo de estar aquí metido que tú en la casa y yo en el mundo... Esta es letra de mi antepasado Pedro Goldthwite; estos números son los suyos y dan el pormenor de su tesoro, y estas líneas al pie indican el lugar donde lo escondió; pero está la tinta tan horrosa que no es posible leer nada. ¡Qué lástima!

— ¡Pues á fé mía que el candil es bueno y nuevo! exclamó Tabby; siempre es un consuelo.

— ¡Tu candil murmuró Perico; eso significa luz en mis investigaciones.

Sentíase Perico en aquel momento mas dispuesto á meditar sobre su hallazgo que á proseguir los trabajos; así que, no bien Tabitha se hubo marchado, clavó de nuevo los ojos en el pergamino, delante de una ventana que daba á la calle, y que tenía los cristales tan sucios de polvo, que al sol le costaba trabajo abrirse paso por ellos para curiosear. Perico, para ver mejor, abrió la ventana, y se asomó á mirar á la calle, mientras el sol registraba la habitación.

(Se continuará.)

MARIANO JUDELLAS.

EPISODIO HISTORICO.

LA NIÑA DEL GONDOLERO.

I.

Era el año de 1820.

En las primeras horas de la mañana de un hermoso día de mayo, un hombre vigoroso tomaba tierra delante del palacio de San Marcos, abandonando una elegante góndola que mecíase entre las transparentes aguas.

El gondolero atravesó la célebre plaza de Venecia, deteniéndose ante la puerta de una miserable hostería.

Un nuevo personaje se acercó á él.

— ¿Y bien?—le preguntó,—¿has pensado ya lo que te dije anoche?

— Sí, Cristóffano, he pensado en todo, y acepto lo que me ofreces, mas con una condición.

— ¡Condiciones!—objetó Cristóffano algun tanto sorprendido.

— Sí, condiciones, amigo Cristóffano,—replicó con calma el gondolero;—mi hija es bella, y está enamorada de un truan; si tu señor la quiere, me ha de entregar dos mil ducados y el título de la república para mi hermano Pedro; despues ya quitaremos de enmedio al pobre de Barbarigo, amante de mi hija.

— Conforme, tú puedes contar con lo que deseas; mi amo es rico, con influencias en la república, y por sociar un capribo sería capaz hasta de cometer un asesinato.

— ¿No dices está enamorado de María?

— Sí, enamorado como se enamoran los grandes señores de las hijas del pueblo; el corazón de mi señor Ludovico Sforza se apasiona con ardor y olvida pronto.

— Poco me importa abandone á mi hija, siempre que me de lo estipulado; mi hija es bella y yo debo aprovecharme de su hermosura añadió con impúdica franqueza el gondolero.

— Piensas como un hombre honrado,—objetó Cristóffano con irónica sonrisa;—tú eres pobre y el rostro de María te hace rico; además ella será feliz siendo la querida de un Sforza, y tú tambien en disfrutar de su fortuna... adios, querido amigo, voy á participar á mi señor tus condiciones, y entre tanto adorna tu

gondola para llevar tan linda paloma á las doradas jaulas de Ludovico Sforzia.

Cristóffano desapareció dejando sumido en sus cavilaciones (si es que tenía algunas) al cínico gondolero de Venecia.

II.

María es una niña encantadora; su belleza es incomparable, y por ella acaso sea desgraciada.

María ignora las maldades de su padre.

María es feliz con el amor de Barbarigo, joven bizarro y pobre como la hija del gondolero.

¡Pobre María.

III.

Cristóffano informó á su señor del secreto de su aventura.

Ludovico Sforzia se sonrió con placer, y su sonrisa se parecía á la del chacal al devorar la presa.

Entre tanto que en el palacio Sforzia se hacian los preparativos para recibir á María, la hija del gondolero, oigamos la conversacion que este tenía con un joven de apuesto continente en la misma taberna donde trataron de la deshonra de su hija.

IV.

—Hé, déjate de locuras; yo jamás seré padre de un descamisado; jamás será María tu esposa.

—Porque soy pobre; ¿quién sabe si algun dia seré rico! ¿Y porqué no? ¿Lorenzo de Médicis no fue mercader? ¿Francisco Sforzia no fue barquero? ¿quién sabe si algun dia seré yo general?

—¿Ca, esas son ilusiones que nada me importan,—replicó el padre de María.

—¡Ah! queréis que vuestra hija en vez de ser la esposa de un plebeyo, sea la querida de un patricio; preferirás sea desgraciada con tal que tenga oro, ¿no es verdad?

—Ciertamente. Desde que los grandes señores han desterrado la virtud de sus palacios, sería ridículo viniese á habitar las salas de una taberna.

—Infame!

—Dí lo que quieras; si tu fueras rico te daría mi hija: roba para ello.

—¡Y entonces!—interrumpió Barbarigo con ansiedad.

—Entonces veremos.

—¿En cuánto has vendido á tu hija?

—En dos mil ducados.

—¿En dos mil ducados! repitió Barbarigo pasándose la mano por la frente como queriendo desterrar una idea siniestra; en dos mil ducados, ¡oh! maldición!

El amante de María se disponía á abandonar la taberna.

El gondolero le miró con desprecio, y una satánica sonrisa iluminó sus impuros labios.

V.

En una mesa próxima á la en que se encontraba Barbarigo y el padre de María se hallaba un forastero que con gran atención escuchara las palabras anteriores; el forastero mostraba una de esas fisonomías simpáticas y poderosas; su sencillo vestido lo componía un jubón negro, unos calzones de encarnado terciopelo y un gorro de seda atado por debajo de la barba, encasquetado hasta las cejas, cubría una larga cabellera que descaudadamente caía sobre sus hombros.

—Barbarigo,—dijo el forastero acercándose, María será tu mujer añadió con profunda concesión.

—Jamás,—replicó el padre de María.

—¿Y por qué?—continuó el desconocido;—¿si Barbarigo te trae los dos mil ducados, se la negarás?

—Entonces no;—¿mas de dónde va á sacar ese dinero?

—Tú le has escitado al robo; quieres tapar con un crimen otro crimen; quieres hacer á tu hija criminal á trueque del oro que ambicionas, pues bien, yo te doy ese oro, y no tendréis que manchar vuestra conciencia.

Barbarigo y el padre de María miraron con asombro al desconocido.

Este con la mayor tranquilidad sacó de su escarcela un pergamino y en él se puso á dibujar una mano.

Todos guardaban silencio, fijando sus ojos en el incógnito artista.

—Toma,—dijo á Barbarigo despues que hubo concluido el dibujo;—lleva este pergamino al palacio de San Marcos, pregunta por Pedro Bembo el secretario de Leon X, y dile que un artista que no tiene dinero quiere venderlo en dos mil ducados.

—¡Dos mil ducados!—esclamó riéndose el gondolero;—yo no

daría ni un cequí; anda lleva ese pergamino, que el forastero va á hacer tu fortuna.

Barbarigo atónito y lleno de duda salió de la taberna en direccion al palacio de San Marcos.

El forastero sin hablar una palabra permaneció sentado al lado del padre de María.

—Habeis engañado á ese niño,—dijo el gondolero despues de un momento de silencio,—queréis evitar un crimen y no podreis pues antes de dos horas pisará mi hija las ricas alfombras del palacio Sforzia.

Nadie contestó al gondolero.

Habia pasado poco mas de una hora cuando entró Barbarigo en la taberna; su rostro estaba alegre y en su diestra ostentaba un bolsillo.

—Y bien,—dijo el gondolero, medio incrédulo, medio sorprendido.

—Aquí teneis los dos mil ducados y esta carta para vos, añadió entregando una al desconocido. Me visto al cardenal Bembo; se ha sorprendido al ver el pergamino que le entregué, y me ha mandado os lleve á su presencia; ahora solo os suplico, monseñor, me digais vuestro nombre para saber á quien tengo que agradecer mi felicidad.

—Callad; mañana seréis el esposo de María; quiero gozar en vuestra dicha; quiero tenderos una mano de amigo con mi mano improvisada.

—Pero vuestro nombre....

—En Italia me conocen por Miguel Angel.

—¡Migel Angel!

—Hasta mañana.

El célebre artista desapareció de la taberna, dejando sorprendidos á aquellos hombres á quien daba su felicidad.

VI.

A la mañana siguiente María y Barbarigo se casaron en la iglesia de San Esteban.

Miguel Angel asistió á la ceremonia, estando oculto tras una de las columnas del templo.

Miguel Angel era artista, tenía corazón, y él lloraba de placer al ver la dicha que ofreciera.

—Ved,—le dijo al gondolero despues que concluyó la ceremonia;—ved lo que queríais deshacer, esos lazos del corazón que ha unido el cielo.

El gondolero no supo qué contestar al artista.

Lloraba, y su alegría era de arrepentimiento.

VII.

Veinte años despues la fortuna veleidosa, por uno de aquellos caprichos que tiene y que el mundo califica de casualidades, elevó á la categoría de general de la república veneciana á Barbarigo, el esposo de la hija del gondolero, que jamás fue ingrato á los favores de su bienhechor.

La mano que trazara Miguel Angel se conserva aun en la galería de pinturas del Louvre, á donde la condujo en su cartuchera un soldado de Napoleon I á principios de este siglo, á la conclusion de la guerra de Italia.

Si el siglo de Leon X fué en demasía corrompido, y la virtud hollada por los magnates poderosos, tambien florecieron ilustres varones que mostrando su virtud de artista libraron del crimen á ángeles como María, tendiéndole su mano protectora, como recuerda el improvisado dibujo del gran Miguel Angel.

FELIPE BLANCO DE IBAÑEZ.

CRITICA TEATRAL.

Por fortuna para el revistero encargado de la crónica teatral; no ha salido cierta la noticia, que recibimos al publicar nuestro primer número, de hallarse atacado de hidrofobia. La enfermedad que le aquejaba parece fuera una pereza crónica, que gracias á unos cuantos sinapismos aplicados á su amor propio, (vulgo negra honrilla) ha curado, al parecer, radicalmente. Dios lo haga y continué dándonos material, sobre la espinosa esfera en que se ha colocado.

Poco, segun dice, podrá adelantar por hoy á nuestros lectores, la convalecencia de toda enfermedad es siempre fastidiosa, y la de nuestro amigo es de la misma índole que

su dolencia primitiva. Sin embargo por vía de ensayo nos ha remitido las siguientes noticias:

Grandes acontecimientos se preparan en el régio coliseo, quizá registra esta semana uno de aquellos que se escriban con letras de oro en el libro de los recuerdos. Anunciase una de las mas notables producciones del inmortal Bellini. La Sonnámbula, y aun que esto no haria época en los fastos del teatro Real de Madrid, no dudamos que merecerá particular mención, sabiendo que la ejecucion está encomendada á la Patti, Nandín y Agnesi. Aguardamos con impaciencia el momento de colmar de sinceros elogios á estos artistas principalmente á nuestra simpática compatriota la célebre Adelfina.

No sabemos qué se habrá hecho de la Saffo ni del señor Nicolini que han aparecido ante el respetable público tan solo en los carteles. El Sr. Bagier probablemente podria contestar á ello.

Y á propósito, ya que hablamos del dicho señor, no perderiamos nada con que nos tragera á los aficionados de *Aquende los pirineos*, á la no menos simpática Lagrange, ya que según parece no gusta á nuestros vecinos de *Allende*; prescindiendo de su gusto, tenemos una satisfacion en ello, fuera de la parte que toma la artista porque así tendremos mas pronto el gusto de verla en compañía de Baragli.

Jovellanos sigue envuelto en la capa vieja de su repertorio. En vano público y abonados aguardan alguna moda nueva, lo único que se anunciaba hace mas de un mes; depende de la indisposicion de la señorita Checa. La deseamos pronto restablecimiento, á fin de que podamos oír la segunda parte de la Perla de nuestras zarzuelas. ¡Ojalá hayan estado tan inspirados sus autores en la primera como en la segunda!

Los teatros de verso, parecen mas animados, en el Principe se dice que hay mas de veinte producciones originales, entre las que se cuenta una del célebre autor del Trovador, que parece será un acontecimiento literario su representacion.

D. Manuel si quiere puede hacer algo y aun algo por el teatro español. ¿Será hora de que encuentre alguno que le mire con ojos de misericordia?

En este coliseo se estrenó el lunes la comedia del señor Rico y Amat, titulada *El mundo por dentro*. Según noticias ha sido muy bien recibida. En la próxima revista hablaremos de ella. Inmediatamente seguirá una quíscosa de magia, para la aplicacion de la luz eléctrica de los espectros. Aconsejamos al Sr. Catalina que tenga muy en cuenta lo que fué este espectáculo en el Circo de Price.

El Circo vá pasando; algo de afinidad, tiene con Jovellanos y participa tambien del contagio repertorial, aunque no tanto. Ahora ha resuelto, *Deudas de la honra*, y promete, *El arte de ser feliz* en tres actos y prosa. Feliz suerte le deseamos á su autor.

Ruina está haciendo testamento, según dicen á gusto del público. Cuánto mas valiera que no se acordara por ahora de semejante cosa y pensara en dar obras nuevas de alguna mas importancia literaria que la *Antea* en un acto, que en su teatro hemos visto.

Novedades empieza ahora, D. Juan Tenorio y D. Juan Serrallonga, han sido las únicas obras que ha puesto en escena. Con respecto á la polémica que se suscitó entre la empresa de este teatro y su primer actor, no podemos decir lo que la autoridad habrá decretado.

M. M.

A S. M. LA REINA D.^a ISABEL II.

Dejé, señora, mis paternos lares
En pos de vuestro auxilio soberano:
Dicen que consolais grandes pesares
Y que el llamaros madre no es en vano:
Dicen que de la vida en los azares
Tendeis al pobre bienhechora mano:
Dicen, noble señora castellana,
Que mas que reina sois... reina cristiana.

Yo, Isabel, en la tierra soy cual hoja
Que lleva el viento en su inconstante giro:
No hay quien mi llanto y mi dolor recoja
Ni un eco que repita mi suspiro!
De mi vida es inmensa la congoja
Porque al mirar doquier solo me miro:
Ya que cuanto yo amé, señora, ha muerto,
Sembrad vos una flor en mi desierto.

No es dado á la criatura en su impotencia
Disponer de su vida á su albedrio:
Recibe del Eterno la existencia
Y no puede decir: ¡el tiempo es mio!
Una flor es la vida cuya esencia
No puede evaporarse en el vacío:
Dios dijo al hombre: «vive, savia toma,
Mas guarda para mi todo tu aroma.»

Dios nos manda vivir... y yo he vivido
Cumpliendo su mandato omnipotente:
Mas parece que el Orbe conmovido
Ha venido á chocar contra mi frente:
Templos, bosques, palacios, luz, ruido,
En masa informe contemplé mi mente,
Rindiéndose al dolor y á la fatiga
Porque una fuerza superior la obliga.

Grande era mi dolor; el pueblo en tanto
El nombre de ISABEL bendecia,
Y su murmullo tierno, dulce y santo
Despertó mi aturrida fantasía:
Dicen, señora, que enjugais el llanto,
Dicen que sois del pobre faro y guía:
Por eso yo os imploro en mi querrela
Como el marino á la polar estrella.

Pero ¡ay de mí! vuestra piedad imploro:
No os dije la verdad ¡oh reina pia!
Pues no es verdad que solitaria lloro,
No es verdad que la tierra está vacía:
Mi afán no supo hablaros de un tesoro
Que ha dado Dios á la existencia mia,
Grande es mi mal, muy grande, muy profundo,
Mas, reina, no estoy sola en este mundo.

Tengo una tumba donde el alma llora;
Tengo una tumba á quien contar mi pena,
Tengo una tumba que mi pecho adora,
Tengo una tumba que mi vida llena:
Mi madre desde el cielo en donde mora,
Rogará á Dios por ISABEL la buena:
No oigais, señora, á esta infeliz que canta;
Pero á mi madre oid que fué una santa.

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

Madrid 50 de setiembre de 1865.

Vosotros los que creéis
que es la historia una quimera,
¿quereis ver el paraíso
de la Biblia aquí en la tierra?
Ved aquel casado: Adán.
Mirad su costilla: Eva.
Solo falta la serpiente....
pero no, allí está!—La suegra.

J. M. M. I.

AL DESPERTAR.

«¡Hola, enganchedme los jacos,
sacad de aquí la carroza,
esa espuerta de rocío
llevádsela allá á la Aurora!»

Dijo el Sol al despertarse,
del mar bañando en las ondas
los pelos de hilillo de oro
que le enriquecen la cholla.

Va al dintel del mundo sacan
el coche de luz las horas,
conteniendo los caballos
con frescas riendas de rosas.

Ya Febo al pesante sube,
y calentando la atmósfera,
el gran candilón del día
por áureos rayos toma.

Con un fósforo alumbrándose,
lucera que el mundo nombra,
rasga la Aurora los cielos
donde con el mundo tocan.

Bien venido el nuevo día
que bullicioso se asoma
por veptanas y resquicios
á despertar al que ronca.

El los bosques y praderas
con gotitas de agua adorna,
diamantes de los poetas
que los plateros no compran.

El dá su azul á los cielos,
voz á las aves canoras,
al puro arroyo cristales,
placer á la tierra toda.

¿Qué esperas del nuevo día
que por el oriente asoma,
mundo, que cada mañana
le recibes con tal pompa.

La vida, máquina oculta
que hace girar nuestra bola,
y á la mitad de los vivos
crecer matando á la otra.

La vida, que es en los pueblos
mas robusta y mas gloriosa,
cuanto mas sangrientos gastos
hacen del hierro y la pólvora.

Arriba, arriba, violentos,
que el sol con voz luminosa
haciendo al mundo cosquillas
á vivir os llama, tropa.

Dejad el cómodo lecho,
en cuyas pintadas colchas
os mantean cada noche
cien mil esperanzas tontas.

Arriba, el sol á puñados
los tabardillos arroja,
y el circo del mundo alumbrá
para empezar la tramoya.

Ea, á la arena, danzantes
que ya llegaron las horas
de sacar á luz las farsas
que ensayásteis entre sombras.

JOSE GONZALEZ DE TEJADA.

LA RISA.

De todos los animales, el hombre es el único que demuestra la alegría arrugando la cara y abriendo la boca. Ni aun el perro y el gato, que son los que más frecuentan su sociedad, han conseguido imitarle en esto. El gato, para indicar que es feliz contentase con roncar; y el perro es tanto más dichoso cuanto más meneas el rabo. Sin embargo, ni al ronquido del gato ni al meneo de la cola del perro se les dá el nombre de risa; la risa es propia y peculiar del género humano, por mas que hayan Vds. oído hablar alguna vez de la risa del conejo.

Lo mismo que el llanto, el asombro, el terror y todos los de-

más afectos interiores, la risa dáse á conocer al público en la cara. Sin embargo, para que aquellos aparezcan en lo que se ha dado en llamar el espejo del alma, es preciso tocar este ó aquel resorte, como toca el sacristán éste ó aquel registro del órgano, segun quiera que salga el aire por cada una de sus trompetas. Ya es preciso acudir al corazón, ya á la cabeza; este sentimiento se comunica al interior del alma por la puerta de los ojos; aquel llega á lo íntimo de ella en forma de agradable armonía por medio del oído. El registro de la risa, por el contrario, no existe en un punto determinado; lo mismo se hace enseñar al hombre la dentadura tocándole las alas del corazón que haciéndole cosquillas debajo del brazo.

Es por consiguiente muy fácil el papel del hombre que se dedica á hacer reír á sus semejantes. Los payasos del circo son acogidos cada noche con una halagüeña carcajada desde que asoman su rostro cubierto de harina como los areques al entrar en la sartén. A un gacillero le basta llamar calvo, chato ó jorobado á cualquier ministro, para conseguir fama de chistoso; y saliendo de los labios inocentes de una criatura de pocos años una de esas palabras que no están en el Diccionario, aunque se oyen por todas partes, produce un arranque de alegría en el auditorio.

La risa es, pues, lo mismo que la espuma; está siempre en la superficie del hombre, y pronta á estallar cuando la encierran.

¿No creen Vds. que *el qué dirán*, *el buen tono* y otros estorbos sociales sirven más de cuatro veces de corchos para tapan á las carcajadas la puerta de la boca?

Esa risa franca, estrepitosa y sin miramientos es la verdadera expresión de la alegría; y aun cuando el siglo presente, que todo lo falsifica, ha introducido en la circulación la risa falsa con pretensiones de moneda corriente, no por eso es fácil confundir la risa de buena ley con la risa de plomo.

En el siglo de oro apostaríá yo en cualquiera cosa á que no corriesen pesetas falsas; aún no se les había ocurrido á aquellos sencillos mortales que un gato podía pasar por liebre; ¡ya se ve! como que entonces no se usaban otros miltinaques que una corona de campanas movidos á menudo por los refrillos juguetones.

Entonces, cuando la risa danzaba en los labios ó en toda la boca, segun se contentaba con la categoría de sonrisa ó seguía hasta tomar la forma de carcajada, ya se podía asegurar que era testimonio de placer.

Pero no hay peor gente que los hombres y las mujeres. En el corazón de aquellos y de estas existe siempre un rinconcillo destinado á la crueldad, cuando no les ocupa desde los pies á la cabeza.

El primer pajarillo que cayera en la trampa dispuesta para cazarle por un amante que trataba de convertirle en cebo para cazar después una zagala; la primera liebre muerta de un estacazo por cualquier bárbaro que quería usurpar á las fieras el privilegio de alimentarse de carne; esos debieron ser los primeros motivos de risa civilizada.

¿No ven Vds. ya en las carcajadas de aquel salvaje que contempla con tanta boca abierta el inútil aleteo del avecilla cautiva ó las contorsiones de la moribunda liebre, no ven Vds. el gérmen de ese placer inefable que dá animación y vida á las plazas de toros?

Tal es la falsificación de la risa. ¿Cómo se distingue, dirán Vds. ahora, la risa natural de la civilizada? ¡Ah! Más vale que Vds. no lo sepan. Figúrense Vds. que á un comerciante en piedras preciosas le ocurrieran deseos de conocer el verdadero valor de los diamantes que atesoraba, encontrándose que la mayor parte de ellos no eran mas que asientos de vaso. Si no se habrían metido á probarlos, tal vez le habrían dado iguales productos que los legítimos, pero ahora su conciencia le impide ponerlos en circulación, y quedale el dolor de la pérdida de su capital.

Lo mismo podría sucederle á Vds. si quisieran probar la ley de las risas. ¡Cuántas no halagan y embesaman, que puestas en la piedra de toque nos llenarian el alma de amargura!

Hasta tal punto llega esto, que la única risa legítima, la risa inocente, lleva hoy este nombre como sinónimo de estúpida.

La risa franca, la que se comunica de unos en otros, precede por lo comun del mal del prójimo. Cuando uno se rompe las patines en una esquina, ¡qué alegría tan pura inunda el alma de los que presenciaron el suceso! El ver á un hombre volar desde las nubes del toro hasta cerca de las nubes, ó al pobre toro cubierto de sangre propia y ajena morir sirviendo de diversion á los que son más débiles que él y necesitan matarle poco á po-

co y entre todos para hacer alarde de más fuertes, esa es el verdadero motivo de la risa que divierte, de la risa que tiene el privilegio de hacer olvidar las penas.

Ridmónos, pues; las faltas del prójimo nos proporcionan á cada paso motivos de júbilo; cuando veamos jugar la risa en ajenos labios, trasladémosla á los nuestros, y será el azúcar que endulce nuestras penas.

La risa es hija y madre á un tiempo de la alegría, dejémosla llenar nuestra alma de fugitivo gozo, y no indagemos su origen á riesgo de convertirla en lágrimas.

Así en un hermoso día el azul del cielo nos alegra, y aquel azul tan brillante no es cielo ni es azul. ¡Ay! ¡qué en el mundo, si pretendemos tocar cualquiera de las cosas que nos halagan, solo encontramos polvo ó nubes pasajeras!

JOSE GONZALEZ DE TEJADA.

UN BAILE DE MASCARAS.

CUENTO.

I.

En primer lugar queridísimo lector sabrás que yo soy un jóven de 20 años.

¡Quién tuviera esa edad! dirás si no llegas á los 18 ó pasas de los 25. La edad de las ilusiones, dicen los poetas, de las aspiraciones, de los placeres, del amor.

Veamos si tienen razon. De las ilusiones: efectivamente, tengo bastantes; en primer lugar la de creer que soy un muchacho fino, elegante, bien parecido prescindiendo de que mis ojos no miran todo lo derecho que se pudiera desear y de alguna que otra defectillo por el estilo, no contando que soy algo delgado por que tengo el derecho de engordar. Yo así lo espero.

Otra de mis mas grandes ilusiones, es la de que tengo barba. Mis amigos dicen que no se vé, pero yo creo que será broma porque son muy *guasones* como diría un andaluz.

También, desde muy niño, he llegado á figurarme que soy poeta. Cuando tenia 9 años, hice una comedia que siento haberla perdido para citarte algunos trozos. Sin embargo recuérdeme como entre sueños que una de las escenas decía: «Escena tal—representa el retiro.—Sale Luisa *sentada* en un banco.» Había magos, guerreros, robos, combates. En cuanto al verso, solo recuerdo el principio de los que ponía en boca del protagonista, intimando á un mago con el que habia sostenido una descomunal batalla, á que se rindióse. Decía:

Green. Aunque de magias entúendes

Yo solo con ser *guerrero*

Te he de infundir en mi acero.

¡Ríndete! vil cascaldientes!

En estos versos fundaba yo todo el éxito de la obra. Ya ves! por la muestra, puedes juzgar del resto.

Hoy, escribo algunos artículos por los que nadie me dá un céntimo, á pesar de que deben ser muy buenos, pues cuando se los leo á la criada de mi casa, exclama llena de asombro:

¡Ay lo que sabe el señorito! y todo eso ha hecho V. con su cabeza?

Pasemos á mis aspiraciones. La principal de todas, es la de ser capitalista. Esto no obsta para que hoy por hoy, no tenga un cuarto.

Sin embargo puedo hacer una buena boda, escribir una bonita comedia ó una mala zarzuela, siempre que no se le indigete al que se crea aludido, como ha sucedido con «El hijo de D. José» ó puede caerme la lotería, á pesar de haber sufrido un cruel desengaño con la supresion de la primitiva.

Me han quitado uno de los medios de ser rico. Yo, que habia jugado la friolera de nueve cuartos! Cuando menos hubiera sacado veinte y nueve reales.

Visto está, tengo que sustituir este recurso. Voy á dedicarme á escritor. En tí consiste ahora el logro de mis deseos, queridísimo lector, no seas tan ingrato como el Gobierno. Acóje con magnánima sonrisa este mi engendro y los que le sigan. Si no le gustan, no los leas, pero págselos, y cuando Dios te llame á juicio iras con la conciencia tranquila, por haber hecho la felicidad de tu mas humilde servidor.

En cuanto á mis placeres, son tan pocos, que los paso por alto y voy á hablarte de mi amor, que es precisamente donde empieza mi cuento.

Sabrás como estoy enamorado, ó por lo menos creo estarlo, de la señorita de X jóven bellísima de 16 años y excelentes cuali-

dades, siendo la mejor de todas el haberla dejado un lio (suyo) al morir 60,000 duros y estar sus padres, como suele decirse, en candelero.

Educada en el círculo de la buena sociedad, y abonada á diario en el teatro Real; son ya varios los apuros en que me he visto, pues creo he tenido el honor de decirte, que si bien no me falta que comer, estoy mas para tomar cuatro reales que para darlos; pero entre todos, el que mas me ha puesto en tortura y mas me ha hecho renegar de mi pobreza, es el que voy á referirte.

Paso todos los dias por debajo de los halcones de su casa. Uno de los dias del mes de febrero, me diriji segun costumbre á dar mi paseo; pero X no estaba acomodada como otras vacas.

¿Qué habrá sucedido? me dije. Sepamos. Pregunté al portero si habia salido y me responde, que no, pero que hacia un rato habia pedido el carruaje. En efecto, al poco tiempo este paró delante de la puerta.

Si tendremos carrera? pensé; y lloviendolo. Paciencia ya llegará el dia de las reparaciones. Porque has de saber, que tengo intenciones de casarme con ella.

Al cabo de esperar un cuarto de hora, salió el lacayo y abrió la portezuela. Bueno, exclamé ya salen veamos á donde van.

Me acerqué á saludarlas con este objeto y al darle á ella la mano, noté que ocultaba un papel entre los dedos: me apoderé de él, y despues de enterarme de su salud, me despido y me apresuro á leer su contenido. Era el siguiente:

«Vamos de visita. Esta noche al baile del teatro Real. Capuchon negro con lazo verde á la izquierda.

X.»

No te diré cual fué mi primera exclamación al leer esta noticia, pero te la podrás figurar cuando sepas que el billete de entrada costaba 50 rs. y yo no tenia mas que dos pesetas y seis cuartos.

Despues de pasar el primer momento de ira, pensé en el medio de salir del apuro. Entonces me acordé que tenia algunos amigos periodistas y que entre todos seria facil encontrar un billete.

Pero el hombre propone y Dios dispone. En vano recorrí todas las redacciones, pues en una no habia nadie; en otra se los habian llevado los propietarios del periódico y en las mas tenían tambien compromiso de ir los redactores.

(Se continuará.)

TIJERILLAS.

LOTERIA DE NAVIDAD.

Los que deseen acciones para el sorteo de Navidad, se servirán pedir las con tiempo oportuno, pues es sabido que los billetes para este sorteo suelen concluir brevemente.

Las acciones son á 110 rs., las medias á 56 y los cuartos de accion á 28.

Los que deseen billetes ó décimos nos lo pedirán con tiempo acompañando el importe, sin lo cual no haremos caso del pedido.

En el número anterior y en este acompañamos cuatro páginas de la novela «Daniel,» y así seguiremos hasta su conclusion.

Habiendo cesado las causas que motivaron la suspension de nuestro número anterior, continuará nuestro Semanario Madrileño sin interrupcion en lo sucesivo.

Editor responsable: D. José Sanchez.

MADRID, 1865.—Imprenta de I. M. y Rodríguez, Caballero de Gracia, 15, bajo.